

EL ESPEJO DE TINTA •

DANIEL IZQUIERDO CLAVERO
Barcelona, 1975



Licenciado en Psicopedagogía (Univ. Ramón Llull) y Diplomado en Magisterio en la especialidad de educación primaria (Univ. de Vic) reside en Barcelona, aunque tiene su corazón varado en Aguilar del Alfambra, donde encuentra el silencio necesario para la creación. Ha publicado dos libros, *El alféizar del tiempo* (2005) y *Las cicatrices invisibles* (2016).



Performance

Me pienso muerto. Tengo los ojos cerrados y un algodón en la boca. Una gran vitrina de cristal cubre el ataúd abierto. Acaban de instalarme. Así lo llaman: instalación. Nunca antes me había instalado en lugar alguno. Ni siquiera en la modesta biblioteca en la que, hasta anteayer, vivía. Miento, una vez ocupé una carta, una silla, una fotografía, un escalofrío, una tiza, quizá una pizarra. Una vez. De eso hace ya mucho, demasiado tiempo. Ahora estoy donde estoy. Aquí. Muerto de frío. Muerto. A punto, puntito, de recibir a las visitas... Es una extraña sensación la que se siente.

Quisiera levantarme, sentarme a su lado, susurrarles al oído, decirles que no se está del todo mal; ofrecerles refrescos, anchoas, aceitunas rellenas; acaso un Kopi Luwak con cariño y croissants y alargarles, la mano, acariciarles, recoger sus lágrimas o en

su defecto, prestarles las mías. Pero no puedo llorar. No exteriormente. Si les soy sincero, desde que sufrí el derrame (hemorragia subaracnoidea, la llaman, tiene gracia!) no he hecho otra cosa que llorar. Llorar y achicar las vías de sangre que anegan mi cráneo como anega el mar, las calles de Venecia.

Les parecerá banal, tonto, incluso pueril, pero me gusta hacer ese paralelismo entre mi cerebro y la ciudad de Venecia. E imaginar a un novio, en la escalinata de mi metencéfalo, tratando de emular la foto que alguien le hizo, a su delicada novia, a los pies de La Fenice; a una adolescente, en la plaza desierta de mi epitáfio, dando de comer a las palomas, el mismo anhelo que compró en San Marcos; a un matrimonio anciano, recostado en mi área de Wernicke, tratando de encontrar la intimidad de las palabras, el hueso lexical de sus se-

nta años de relación, con la magia que abrió sus corazones (un remoto día de 1952) en el útero gótico de la Basílica dei Friari. E imaginar...

Y una chica muy guapa, vestida de riguroso azul marino (otra vez el azul) abre la puerta, de par en par, sin ni siquiera mirarme. Y alcanzo a ver mis padres y a mi hermana, descompuestos. Tras ellos, su novio, no sabe qué decir ni dónde anclar la mirada. Por ahora, no hay nadie más... Nadie.

Y me sigue doliendo, como nunca me había dolido, la cabeza. Y sigo viendo borroso. Y me cuesta mantener el equilibrio. Y no puedo mascar bien las palabras. Y tengo anestesiado el lado izquierdo de mi cara. Y me hallo confundido. No sé dónde estoy. Y escucho, vagamente, el grito atonal de la ambulancia. Y una voz apacible embozada en una bata blanca. Y una aguja en el

brazo. Y un beso de oxígeno. Y... todo es una balsa de niebla... Y hablo pero nadie me escucha. Y quiero ir al lavabo pero nadie me atiende... Y una línea recta... Y una sábana blanca... Y esa chica de azul... Esa chica tan guapa, que aún no me ha mirado...

Ardo en deseos de coger el teléfono y mandar un msn, con la buena nueva, a mis antiguo/as (ya amigos/as) compañeros/as de trabajo. Una cosa sencilla, sin ambages:... "¿qué tal estás? yo... bien, me morí el martes y me enterrarán mañana. Me gustaría volver a verte: Capilla 320. Sancho de Ávila." Ardo... Arderé... ¿A quién quiero engañar? Salvo familiares cercanos y vecinos, no vendrá nadie. La gente tiene cosas que hacer: ensayar su pieza de teatro, poner una lavadora; aprender asamés, malayalam, urdu, guyaratí; ir a clases de arpa renacentista; hacer mil abdomi-

nales sobre una flor de loto... Mil cosas por hacer...

No vendrá nadie. Y al cabo de una semana recogerán la urna. Y dos días después cogerán un avión y un tren rumbo a Santa Lucía. Y las manos trenzadas de mis padres y mi hermana desenroscarán la tapa, cuando nadie los vea. Y el pico de una gaviota me alzaré en volandas sobre el Palazzo Mocenigo y el Palazzo Ducale. Y ocuparé sin estar, el dorado esplendor de las fotografías, la piel amarillenta de los ancianos enamorados, la leve lentitud de las adolescentes, la última promesa de los gondoleros...

Sobre el algodón del cielo o de mi boca, sobre mis ojos cerrados, Venecia y mi cerebro se darán la mano y echaré de menos la vida no vivida, la alegría no llevada, las buenas palabras que no llegué a decir, la felicidad que no supe dar, a tiempo, a quien estuvo a mi lado... Y...